

Política de las mujeres

Mireia Bofill y Montse Cervera

El encargo de este texto nos brindó la oportunidad de reflexionar sobre la aportación propia de las mujeres a la política,^[1] tal como aparece plasmada, por ejemplo, en la ponencia elaborada por Ca la Dona para el I Congreso de las Mujeres de Barcelona.^[2] La propuesta enlazaba a la vez con la preocupación que expresaba Elena Grau en el Anuario del año pasado, en su artículo «Apuntes sobre feminismo hoy»^[3] —con el que, vaya por delante, coincidimos plenamente—, cuando echaba en falta un «debate rico, que dé frutos», en «un momento en que mucho de nuevo alimenta la vida del movimiento de mujeres» y en el que, por otra parte, «la política de derechos y de la reivindicación ha logrado que las mujeres estemos en multitud de esferas de la vida social».

Una pregunta que, de una u otra forma, se nos formula a menudo por parte de personas interesadas en los movimientos sociales es la relativa a la posibilidad de trasladar a otros espacios los logros de la práctica política que se ha ido desarrollando desde el feminismo: una política basada en «la reflexión a partir de la propia experiencia, en dar valor a los sentimientos y los vínculos afectivos, en el apoyo para la transformación personal y en el trabajo sobre la propia subjetividad»^[4], buscando a la vez en la relación con otras mujeres la mediación necesaria para conocer y cambiar la vida y el mundo. La misma pregunta adopta a veces una formulación en términos utilitaristas sobre la «exportabilidad» de nuestra práctica. También aflora reiteradamente en los propios espacios feministas, en forma de una inquietud por la incidencia efectiva más allá de nuestros círculos, sobre todo cuando se acercan fechas «señaladas», como el 8 de marzo, o cuando ante sucesos graves que afectan a mujeres deseáramos poder dar una respuesta inmediata y contundente.

Para responder a esa demanda y esa inquietud será bueno aclarar algunas percepciones inexactas que parecen informarla. Una sería la visión de lo nuevo que aporta la política de las mujeres simplemente como una manera diferente de actuar, como un cambio en las formas de hacer, una receta que se podría aplicar sin necesidad de revisar los postulados de fondo que sustentan la actividad de un grupo, sin tener en cuenta que dicha práctica parte de una concepción de la política radicalmente distinta a la hegemónica. En efecto, la práctica del partir de sí y la práctica de la relación, que como luego expondremos son dos ejes centrales —y estrechamente interrelacionados— de la política de las mujeres, no son meras técnicas sino un proceso —por propia definición siempre inacabado— en el que sobre todo importa la disposición con que lo abordamos: la voluntad de significar y dar sentido a nuestro estar en el mundo, no desde un ensimismamiento estático, sino incluyendo en el empeño la modificación de nuestra relación con nuestro entorno (social y material), con las y los demás, y con nosotras mismas. Esto nos previene contra cualquier tentación de triunfalismo y de pretender ofrecer una fórmula acabada.

En segundo lugar, a menudo también se ignora o se obvia la génesis de esta nueva práctica, el hecho de que en gran parte se ha ido configurando a partir de una reflexión sobre el propio hacer y hacerse, como respuesta a los retos que iban surgiendo a medida que las mujeres avanzábamos en la concreción de nuestras aspiraciones y deseos. Es decir, que la transformación de la propia subjetividad es inseparable de la progresiva

configuración de una nueva práctica y la teoría se ha ido elaborando sobre la base de la reflexión sobre la misma práctica, tomando como medida nuestro deseo de ser y estar en el mundo y la calidad de las relaciones que establecemos. La voluntad de modificación personal es, por lo tanto, un aspecto central e imprescindible de la política que intentamos desarrollar.

En tercer lugar, otra fuente de desconcierto son los intentos de juzgar la política de las mujeres en función de su «eficacia» o «incidencia», medidas por la capacidad de movilización o por la resonancia que pueda encontrar en determinados medios esta política. Se busca, así, la prueba de la validez de la práctica política de las mujeres en unos parámetros externos a ella y a quienes la desarrollamos, ignorando y/o negando justamente lo que le da sentido y la hace valiosa para nosotras: los vínculos que a través de ella establecemos, los significados que creamos y las posibilidades que nos abre para significarnos en el mundo desde nosotras, a partir de nuestro deseo; por ejemplo, el deseo de unirnos a otras y buscar su apoyo para llevar adelante un proyecto.

Ya en otro plano, tenemos que advertir de otra apreciación inexacta que nos afecta directamente y que también señala Elena Grau en su texto. Se trata de la dificultad, todavía muy presente entre las propias feministas y frente a la cual debemos mantenernos constantemente alerta, para distinguir entre el respeto de la diversidad, por un lado, y por el otro, la propuesta de trabajar en y con la disparidad y la diferencia. Es importante no confundir la mera «convivencia» de opciones, percepciones y aspiraciones diversas, y la práctica de la relación, que exige reconocer a la otra como significativa a pesar de, y sobre todo gracias a, su diversidad y a lo que desde ella me aporta.

Dicho esto, vamos a intentar perfilar lo que creemos que puede ofrecer la política de las mujeres, tal como nosotras la entendemos y hemos empezado a concretarla a través de experiencias como la organización de las jornadas «20 anys de feminisme a Catalunya», el proyecto de la Xarxa Feminista^[5] o el grupo «Entredones»,^[6] en las que ambas participamos y sobre las que venimos reflexionando en relación desde hace algunos años.^[7] Puesto que concebimos la política de las mujeres ante todo como una práctica, no intentaremos demostrar sus bondades en abstracto, sino dar cuenta de lo que para nosotras significa y por qué la valoramos, con el deseo de que otras y otros puedan encontrar en nuestras palabras un eco a sus propias aspiraciones.

La política como interrelación

Venimos constatando que una determinada concepción de la política ha logrado abrir un abismo de indiferencia entre el hacer individual y el hacer colectivo. Muchos y muchas miran la escena política desde la lejanía como espectadores o espectadoras de una representación que tiene poco que ver con sus intereses y sus vidas, sintiendo alejamiento o exclusión a pesar de que siempre todas y todos soportamos las consecuencias de esta gestión determinada del hacer colectivo.

Por otra parte, se da la circunstancia de que cada vez más personas expresan el sentido colectivo de su existencia participando en movimientos sociales (asociaciones de barrio, ONG, grupos okupas, grupos antimilitaristas o pacifistas, voluntariado social, etc.) desde posturas que autocalifican de no-políticas pero que tienen, aunque no lo pretendan,

una incidencia personal y colectiva incontestable, además de constituir espacios de elaboración y transformación alternativos.

indiferencia y desinterés, por un lado, y apoyo y participación, por el otro, dan lugar a un combinado que tiene mucho de paradójico. Esta situación se produce, entre otras razones, porque la concepción dominante de la política ha circunscrito su acción a la presunta representación de los intereses de la «mayoría» en las instancias del aparato del Estado, con el único objetivo de la lucha por el poder y la hegemonía, dotándose de todo un abanico de instrumentos de destrucción y violencia cuando lo considera conveniente.

La política de las mujeres, en cambio, parte de entender la política como el deseo y la necesidad de estar en relación activa y abierta con el mundo y con las personas que lo habitan, de asumir la responsabilidad del existir y constatar la capacidad transformadora del partir de sí, o sea, de la propia experiencia y los propios deseos. Es una política que da valor a la relación y al intercambio, a la atención a los y las demás, a la mediación en situaciones difíciles, a la escucha de las razones de las y los que no piensan como nosotras, etc. Una práctica que enlaza con la concepción de Hannah Arendt de la política como acción que se desarrolla en el inter-esse, el espacio donde es posible la libertad. Una interrelación que significa estar en relación activa con la vida y con el mundo, que abre, construye y limita el espacio de la política: «la política surge en el entre y se establece como relación».^[8]

La política de las mujeres quiere dar sentido a la práctica cotidiana que realizan las mujeres en los diferentes ámbitos en los que participan y que aparece asociada a la gestión de la vida, al cuidado de los y las demás y a la resolución de tensiones y conflictos. Queremos establecer la mediación con el mundo a partir de la valoración de la relación entre mujeres y del reconocimiento de la autoridad femenina que circula cuando conseguimos dar un nuevo sentido al hecho de ser mujer fuera del orden patriarcal. Un orden que ha pretendido reducir a la insignificancia la libertad femenina y ha hecho invisible el deseo de existir libremente en un mundo en el que la diferencia sexual sea reconocida y no asimilada a un universal masculino supuestamente neutro.

La necesidad y el deseo de algunas mujeres .es vivir nuestra diferencia sexual sin negar nada de ¡o que somos porque entendemos que el espacio de la política no es otro que el espacio de nuestra propia vida. Propiciamos una práctica política que pone en el centro la relación y, por lo tanto, requiere el reconocimiento de que la otra/el otro son significativos, a ¡a vez que diferentes. Y significativo es lo' que está explícito, nuestra diferencia sexual, y lo implícito, nuestra diversidad. Dichos niveles actúan en el intercambio y pueden intervenir —y a veces también-interferir— en la relación. Los sentimientos y todo lo que somos se ponen en juego cuando queremos hacer realidad nuestros deseos o sustentar los de otras a las que reconocemos autoridad femenina. Es una práctica desde nosotras hacia fuera de nosotras, abiertas a lo otro y para transformar la realidad. Es una práctica que exige una implicación muy alta y que puede llevarnos a situaciones de vulnerabilidad, aunque es un reto estimulante y para algunas ineludible.

Es una práctica que busca la confluencia de deseos sin rebajar aspiraciones o alterar los ritmos y las dinámicas propias de cada mujer. Intenta evitar la homogeneización que representa llegar a acuerdos en torno a un mínimo denominador común, que no satisface a nadie, por el miedo a mostrar las diferencias y por la dificultad de asumir el conflicto.

Reconoce que los deseos se encarnan en el cuerpo de cada cual y generan una potencia transformadora muy grande, siempre que no se confundan con la defensa de posiciones políticas que responden a planteamientos generalizadores, en los que se habla en nombre de todas y todos sin reflejar el deseo o la aspiración de ninguna persona en concreto.

El hecho de ser diferentes, de pensar y sentir cosas distintas, esto que parece tan obvio y que teóricamente todo el mundo tiene muy claro, puede aparecer a veces como un obstáculo para la práctica de la relación. Para establecer una reciprocidad creativa se requiere traspasar el límite de la propia subjetividad para entrar y sumergirse en la subjetividad de la otra o el otro e intentar comprender sus razones y motivaciones. Este «viaje» únicamente se puede realizar cuando se conocen los límites de nuestros deseos, el mío y el de la otra o el otro. Incluso en estos casos es fácil que surjan conflictos que no pueden eludirse. Es necesario saber crear el espacio para nombrarlos e identificarlos, solucionarlos si es posible o dejarlos abiertos cuando no se pueden resolver.

Reconocer los conflictos siempre es mejor que negarlos o hacerlos insignificantes. La indiferencia o la negación son salidas falsas que suponen el desamor a la otra persona. Es preciso propiciar el lugar de encuentro donde sea posible la mediación en libertad y confianza para explicitar las disparidades y establecer el diálogo entre los distintos puntos de vista. Esta es la verdadera política, la política de las mujeres.

El «partir de sí» y la práctica de la relación

El germen de lo que luego ha sido posible nombrar y concretar como la práctica del «partir de sí» y la práctica de la relación —la necesidad de dar sentido político a nuestras vivencias y de buscar este sentido en el intercambio con otras— estaba ya en los inicios del movimiento feminista de la «segunda ola» de los años sesenta y setenta, tal como lo expresa uno de sus eslóganes emblemáticos: «lo personal es político».

Con esta frase reconocíamos que nuestra búsqueda de una nueva manera de ser y estar en el mundo, distinta de la definición restrictiva de la mujer como «otro» del hombre^[9] que nos ofrecían los modelos establecidos, no era un empeño individual sino colectivo y que nuestro malestar no era un problema privado sino el síntoma de un orden social patriarcal que excluía a las mujeres y les negaba la capacidad y la posibilidad de erigirse en sujetos de su propia vida.

Frente a ello, nos propusimos validar nuestras aspiraciones, deseos, preocupaciones, reivindicaciones, compartiéndolas con otras en espacios y grupos sólo de mujeres. En un primer momento se trataba sobre todo de buscar explicaciones y respuestas comunes —sociales y políticas— a lo que cada una vivía como deficiencias y fracasos personales. Luego, casi sin habérselo propuesto, empezamos a descubrir también, más allá de las dificultades compartidas, el valor de las experiencias femeninas y de la aportación de las mujeres a la vida colectiva. En nuestra búsqueda de modelos alternativos, recuperamos las historias de las mujeres que nos habían precedido en esa exploración de nuevas vías de significación en el mundo. El intercambio con otras daba nuevo sentido a nuestras vivencias.^[10]

En los grupos y espacios de mujeres, y en los grupos de autoconsciencia^[11] en particular, empezamos a dar valor político a la práctica antiquísima del intercambio de

experiencias y el apoyo entre mujeres —hermanas, amigas, vecinas, compañeras de estudios, de trabajo, de lucha—, pero ahora enmarcada en la perspectiva de un cambio, una transformación de nuestra definición de nosotras mismas, de nuestras vidas, de nuestro mundo y de la sociedad. Esta práctica dio muchos frutos en la creación de una diversidad de espacios y proyectos de mujeres. Sin embargo, tenía y tiene un límite, que en su vertiente amable puede conducir al ensimismamiento y la autocomplacencia,^[12] y en su cara más dolorosa o inquietante puede también convertirse en una presión hacia la homogeneización, cortando las alas a cualquier atisbo de originalidad, a cualquier intento —real o percibido— de distanciarse de las demás en las ideas, los proyectos o las maneras de hacer.

En *No creas tener derechos*, el colectivo de la Librería de Mujeres de Milán señaló este límite^[13] y también supo explicar la contradicción y el malestar que generaba:

«Por su propia naturaleza, (la autoconsciencia) era una práctica política a plazo fijo, que no podía prolongarse una vez conseguido su fruto, que fue hacer nacer en las mujeres la conciencia de ser un sexo distinto, no subordinado ni asimilable al masculino. Había arrancado la diferencia de ser mujer de la posición de algo dicho, para ponerla en situación de poder hablar por sí misma. Ello generaba problemas y contradicciones que dicha práctica no podía afrontar ni mucho menos resolver.»^[14]

Era preciso dejar hablar el deseo liberado de cada mujer, dar al «partir de sí» su sentido completo de partir de... para ir hacia..., dejar que las energías generadas a través del intercambio con las otras se proyectasen en el mundo. El reto era y es hacerlo sin perder el sentido y la práctica de la relación.

En efecto, llegado este momento, cabría pensar, y muchas y muchos así lo piensan, que ya «está todo conseguido»: las mujeres han accedido a su propia identidad individualizada y sólo tienen que expresarla, siguiendo el modelo de la subjetividad masculina, de ese «yo solipsista, atomista y auto-originante de la cultura masculina (por lo menos desde Descartes en adelante), que construye la sociedad con otros yo hechos en serie a través de relaciones contractuales entre iguales basadas en principios abstractos y universalistas del derecho formal y del mercado», en palabras de Anna Maria Piusi.^[15]

Nuestro saber acumulado a lo largo de toda una historia de cuidado de la vida y también nuestra experiencia cotidiana de estos últimos años^[16] nos dicen, sin embargo, que no sólo no es esto lo que queremos, sino que además ni siquiera sería posible como propuesta generalizada. Sabemos que la vida requiere cuidados, que todas y todos necesitamos afecto, que el ideal de autosuficiencia es ilusorio, que lo reconozcamos o no todas y todos dependemos en mayor o menor medida de las y los demás. Lo sabemos justamente porque son/somos las mujeres quienes han atendido y atienden/atendemos estas necesidades, materiales y emocionales, y por lo tanto comprendemos que sólo reconociendo la mutua dependencia y dando valor a la interrelación podremos hacer habitable el mundo para todas y todos.^[17]

En los últimos años, la política de las mujeres se ha ido definiendo cada vez más por esta doble necesidad y esta doble aspiración de significarnos libremente en el mundo a partir de nuestros deseos y mantener a la vez los vínculos que nos unen a las demás, sin perder por ello nuestra singularidad, sino autorizando las diferencias. Anna Maria Piusi

lo describe como un movimiento simultáneo de enraizamiento y alejamiento: de «enraizarse en aquello que se es, en las relaciones con que se está involucrada, en las que me llevan a ser la que soy, pero también las que me permiten convertirme en lo que deseo» y de «alejarse... para convertirse en otra, aunque sin perderse».^[18]

Reconocernos dependientes, significa reconocernos dispares, pero también nos permite obtener lo que necesitamos, el apoyo que nos permitirá hacer realidad nuestros deseos.^[19] Cuando reconocemos la necesidad de los vínculos, «la dependencia aceptada se convierte en independencia y en libertad, una libertad no absoluta sino relacional».^[20]

Trabajar con la diferencia/Dar valor a los vínculos

Valorar la diversidad como una riqueza, potenciar los intercambios como una fuente de nuevo saber y conocimiento y como una palanca para abrir nuevas perspectivas, buscar apoyos variados y multiformes para llevar adelante proyectos son ideas que el feminismo ha ido integrando y que se han convertido ya en una práctica bien arraigada que está dando muchos frutos (como demuestra entre otras cosas la multiplicidad de experiencias que recoge este anuario de movimientos sociales). Sin embargo, nos sigue resultando difícil afrontar en todo su alcance el reto de reconocer las diferencias y las disparidades, aunque es una necesidad que se nos impone cada vez más en la práctica si queremos seguir avanzando en el camino de dar nuevo sentido a nuestro estar en el mundo como una vía para cambiarlo.

Todavía seguimos intentando quitar hierro a las diferencias, buscando refugio en la fusión con las demás, reconociendo, sí, que no somos idénticas, pero intentando cobijarnos bajo un manto común de algún modo externo a nosotras, que sería lo que nos uniría. Así parece desprenderse del propósito declarado de las jornadas «20 anys de feminisme a Catalunya» de reunir «a todas las mujeres y grupos de mujeres que... se sintiesen identificadas con el feminismo en su sentido... más acogedor»^[21] (la cursiva es nuestra) Acoger, cobijar, cuidar, comprender, es algo que sabemos hacer muy bien las mujeres, aunque tradicionalmente ha sido a costa de dejar de lado, descuidar, reprimir las propias necesidades y deseos. Cuando así sucede, el manto protector pronto comienza a resultar sofocante y no tardan en surgir voces que protestan contra lo que viven como una presión que obliga a ocultar las diferencias y discrepancias.^[22]

Para que exista relación tiene que haber una distancia, un espacio que permita la libre expresión de lo que cada una es, pero en el que a la vez pueda darse el encuentro y el intercambio. La condición para que este espacio exista es la voluntad de estar presentes la una para la otra, la voluntad de relación, de escucha, voluntad que nace del reconocimiento de la otra como significativa, del vínculo que me une a ella a través de nuestras diferencias y disparidades, y gracias a lo que éstas me/nos aportan. Es un espacio que no se define externamente,^[23] sino a partir de sí.

Reconocer a la otra como significativa implica también un compromiso fuerte de tener en cuenta lo que desde su experiencia, vivencia y saber diferenciados me dice y de exponer mi propia visión al contraste con la suya. Un compromiso que me obliga, no a cambiar para acomodarme a lo que ella espera de mí, sino a estar abierta a la modificación para integrar la nueva visión que sobre mí me ofrece, las nuevas percepciones y posibilidades de comprensión que me abre, los nuevos caminos que me muestra. La distinción es importante ya que indica que el compromiso me compromete

a mí, pero no comprometo mi libertad, y me comprometo primordialmente ante mí, ante mi deseo y ante aquello que me vincula a la otra.^[24] En ello reside la potencia transformadora de los vínculos, si los reconocemos y íes damos valor, y los situamos en el centro de la relación.

Ésta es la práctica que algunas creemos que ha llegado el momento de impulsar en el movimiento feminista y también en otros movimientos sociales que se encuentran ante la necesidad de ir más allá de la aceptación de la diversidad para trabajar con la diferencia.

A modo de ejemplo, queremos reflexionar sobre la relación que mantenemos con algunas mujeres cuyo deseo las ha llevado a participar en la política institucional o de representación, ya sea como parlamentarias, concejalas o en cargos de confianza, ya sea en partidos políticos o sindicatos.^[25] Reconocemos que es una relación que implica contradicciones, pero sentimos la certeza de su necesidad y sabemos que el conflicto que nos plantea nos enriquece. La realidad que todas y todos vivimos es indivisible; por lo tanto, no podemos actuar como si no supiéramos de su trabajo, o como si ellas no supieran de nuestra política. No podemos mantener una relación hasta un cierto punto, mientras hay confluencia de deseos, y a partir de ahí, cuando se pone de manifiesto la disparidad, encerrarnos en una posición inamovible. Si yo tengo establecida una relación política con una mujer, o sea, la reconozco como significativa para mí, no puedo escucharla hasta un momento, mientras su diferencia no me molesta, y a continuación, cuando su diferencia me obliga a contrastar mi visión con la suya y abrirme a la modificación, dejar de escucharla y poner en cuestión nuestro vínculo.

En ocasiones, hemos dedicado muchas horas a comprender qué estaba en juego para cada una, a encontrar las palabras que permitieran hacer los puentes entre situaciones vividas de manera muy distinta. A veces ha sido laborioso, pero cuando hemos logrado captar el más de la relación, el más que aportaba la diferencia de deseos o expectativas, la sensación de haberlo conseguido ha sido muy gratificante. Siempre que se ha llegado a este punto ha sido porque hemos sido capaces de modificar algo dentro de nosotras mismas y la sensación de libertad que experimentamos sólo es comparable a la alegría que nos proporciona.

Lo hemos dicho más arriba: el espacio de la política es el espacio de nuestra vida y no queremos divisiones esquizoides ni dicotómicas que nos separen. Somos diversas y cada una sólo puede vivir su propia vida, pero la fuerza de la relación nos permite modificar y traspasar nuestras existencias.

Crear sentido nuevo

Lo que [todavía] no sé decir es más importante que lo que digo^[26]

Nuestra experiencia de vida nos ha mostrado que los grandes cambios sociales y colectivos empiezan a producirse, la mayoría de las veces, a una escala individual, fruto de transformaciones personales, motivadas por las relaciones con las y los demás. Son las transformaciones que se expresan a través del lenguaje y en la acción y se producen en el orden de lo simbólico y de lo imaginario, los cuales intervienen en la interpretación de la realidad y en darle un sentido nuevo. Son las transformaciones que dan significado nuevo a una experiencia determinada o la dotan de una percepción que

hasta entonces no tenía. Son cambios que parecen pequeños pero en realidad son grandes, porque, como decía Hannah Arendt, «incluso el más pequeño acto en las circunstancias más limitadas tiene en sí el germen de la ilimitación misma, porque un solo acto, y a veces una sola palabra, basta para transformar toda la constelación de actos y palabras».^[27]

Nuestra experiencia nos muestra cómo la búsqueda de la mediación adecuada que permita dar cabida al punto de vista y los deseos de ambas partes constituye una contratación del significado de la realidad, que crea un nuevo sentido a partir de la relación. Nos gustaría ilustrarlo con dos ejemplos porque éstos se relacionan con la práctica viva y no sólo con la reflexión teórica que, si no va acompañada de la acción, puede convertirse en fórmulas o recetas mágicas, o incluso en pensamiento congelado bajo una etiqueta.

El primer ejemplo se sitúa en el contexto de la organización del I Congreso de las Mujeres de Barcelona, convocado por el Consell de les Dones (Consejo de las Mujeres), órgano «consultivo y de participación» del Ayuntamiento, que reúne a representantes de entidades de mujeres de la ciudad, técnicas y representantes políticas del Ayuntamiento. Entre las mujeres de los grupos participantes en el Consell —entre ellos Ca la Dona que elaboró la ponencia sobre participación y es la experiencia que nosotras conocemos directamente— y las técnicas responsables de la organización del Congreso, así como entre éstas y algunas políticas, se estableció una relación de intercambio, apoyo y reconocimiento que abrió nuevas perspectivas para el planteamiento del Congreso.

En un determinado momento se propuso que, siguiendo la costumbre establecida, el Congreso debía tener una «presidenta». Aunque todas estábamos de acuerdo con la mujer elegida —Victoria Sau, pensadora y feminista de autoridad ampliamente reconocida—, muchas rechazábamos el nombre de «presidenta», por sus connotaciones de poder jerárquico. Desde la institución y también por parte de algunas entidades de mujeres se veía, en cambio, necesario para la valorización y reconocimiento público del Congreso que éste estuviese representado de algún modo por una mujer de prestigio que avalara los trabajos realizados. Las posiciones parecían inconciliables y amenazaban con romper el clima de intercambio y enriquecimiento mutuo que había caracterizado el proceso de preparación y que deseábamos mantener durante los días del Congreso.

Era necesario encontrar otra salida y ésta nos vino a través de una reflexión sobre el sentido último del deseo de contar con una presidenta; intentamos abrir el significado de este término y vimos que para algunas también incluía la noción de autoridad. La necesidad de que el Congreso tuviera como referente a una mujer a quien todas reconocíamos autoridad sí que nos parecía comprensible y asumible, aunque para algunas fuese quizá menos imperiosa que para las otras.

Esto nos sugirió que debíamos encontrar una palabra que designara exactamente ese aspecto y que todas pudiésemos hacer nuestra. Después de barajar muchos sinónimos de presidente/presidenta, a cual más inadecuado para nuestro propósito, finalmente dimos con el concepto de mentara, la persona que actúa como consejera o guía de otra.^[28] No sin discusión, pues los cambios siempre asustan y algunas lo veían como una extravagancia, el Congreso acabó contando con una mentora, una vez que Victoria Sau también manifestó que ese era precisamente el papel en el que se sentía cómoda.

Cuando en el acto de inauguración las concejales se dirigieron a Victoria Sau como mentora, en su discurso había quedado incorporado el reconocimiento de un saber específico de las mujeres, de un conocimiento no asimilado al orden patriarcal. Encontrar la expresión adecuada había abierto y situado en un primer plano un nuevo sentido de lo nombrado.

El segundo ejemplo que queremos citar procede del grupo Entredones, en el que ambas participamos como ya hemos dicho; un grupo en el que reflexionamos a partir de nosotras mismas sobre los sentimientos y experiencias de cada una, en un ejercicio vivo de práctica de la relación.

Cuando se convocaron las Jornadas Feministas Estatales de Córdoba (diciembre de 2000), el grupo se planteó la conveniencia de presentar o no una ponencia en el marco de dichas jornadas. Surgieron discrepancias sobre si lo que podíamos contar sobre la práctica del grupo y las razones que nos mantienen unidas en el empeño^[29] era «comunicable» en un contexto como ese; en definitiva, si tendría interés para otras.

La discusión ha sido una de las más intensas que hemos tenido en nuestro grupo y también de las más difíciles, dado el carácter aparentemente inconciliable de las posturas: unas deseosas de contar en Córdoba la experiencia del grupo; las otras convencidas de que lo que ellas mismas podían contar no estaba suficientemente elaborado y no sabrían cómo transmitirlo. La dificultad mayor estaba en que las palabras y los conceptos que querían utilizar las que estaban dispuestas a «decir» su experiencia no tenían la misma resonancia en las otras y no «decían» su propia vivencia o no la expresaban en su totalidad. No lográbamos encontrar una «narrativa» común que englobase todas nuestras experiencias sin aplanarlas y sin que ninguna se sintiese obligada a resumir su vivencia en unos términos o conceptos que no sentía como suyos.

La dificultad, ponía de manifiesto, sin embargo, lo que se ha ido perfilando como un eje central de la práctica del grupo: buscar la mediación necesaria, es decir, palabras que hagan inteligibles nuestras vivencias personales para las otras, y seguir explorando, profundizando, ampliando, modificando el sentido que para nosotras tienen a través del eco que resuena en las demás,^[30] sin renunciar empero a nuestra singularidad, reconociendo el significado personal de las vivencias que para cada una evoca la misma palabra, e incorporando y apoyando el impulso transformador que el intercambio promueve en cada una. En este último punto reside la especificidad de la práctica de la relación, tal como la hemos descrito en este artículo: acoger y preservar nuestras diferencias, valorar la riqueza que suponen, apoyarlas y reconocerlas como significativas, verlas no como una amenaza, sino como un estímulo, una palanca para transformarnos y transformar el mundo, y más concretamente, en este caso, la realidad del grupo.

En el grupo Entredones, al fin fueron justamente estas características de nuestra práctica las que nos dieron la respuesta al dilema en que nos encontrábamos. Este se disolvió cuando una dijo: «Yo veo que las tres que quieren intervenir tienen un deseo muy fuerte de hacerlo y yo creo que debemos apoyar ese deseo.» Esto era algo que las demás sí podían y querían hacer, pues les permitía respetar su propio proceso —cosa que no habrían hecho si hubiesen suscrito, «por solidaridad», la exposición de las otras— y, a la vez, no paralizar ni reprimir el deseo de las demás —como habría ocurrido si finalmente no se hubiese presentado la ponencia por respeto a sus dudas—, con el

riesgo de romper el vínculo, si sentirse así coartada hubiera resultado intolerable para alguna.

Así lo hicimos: hablamos tres de nosotras pero las demás estuvieron a su lado en la exposición de Córdoba. La ponencia^[31] tuvo una acogida que nos sorprendió favorablemente a todas y nos hizo ver con nuevos ojos el valor político del proceso que estamos desarrollando en el grupo Entredones. En efecto, durante el debate, numerosas intervenciones nos mostraron que al ponernos en juego, exponiendo nuestras dudas previas sobre el sentido de nuestra presencia en aquel espacio y también la dificultad de explicar nuestra práctica, habíamos logrado expresar «lo que temíamos no saber decir», dando valor a los vínculos que nos unen, y que esto había sido significativo para las mujeres que nos escucharon.

A partir de una experiencia muy concreta llegamos a la conclusión de la importancia de los cambios en nosotras mismas y en la manera de situarnos para la transformación de la realidad de nuestras vidas y del mundo que nos rodea. Porque, aun cuando es frecuente que pensemos en el cambio como un movimiento que ha de trasladarnos desde el lugar donde nos encontramos hacia otro mundo nuevo, esto no deja de ser sólo una imagen y la verdad es que estamos insertas en el mundo, que nosotras, todas las personas que en él vivimos, somos el mundo, y sólo modificándonos y transformando nuestras relaciones podremos cambiarlo y crear a partir de lo que somos ese mundo nuevo al que aspiramos.

Volviendo a la pregunta con que iniciábamos este artículo, en relación con la posibilidad de trasladar a otros espacios la práctica propia de la política de mujeres, nuestra experiencia reciente nos confirma y nos refuerza en la certeza de que es posible hacerlo si se está dispuesta/o a ponerse en juego e implicarse en el proyecto de construir la propia subjetividad desde otros parámetros que los patriarcales. Esto es aplicable a las mujeres y a los hombres, ya que también ellos necesitan repensar su masculinidad fuera de los cauces establecidos por el orden dominante, reconociendo su parcialidad y su dependencia.

También quisiéramos destacar que esta práctica de la relación que está a disposición de todas y todos, implica una subversión del orden patriarcal porque atenta contra algunos de los pilares en los que se sustenta su construcción simbólica: la cancelación sistemática de los vínculos, por potentes o antiguos que sean, cuando los imperativos del poder marcan las reglas de la relación. Así sucede en las guerras, en la resolución de los conflictos de manera violenta, con la aniquilación o la negación de la parte contraria, cuando se destruyen de un plumazo procesos laboriosos y lentos de construcción de relaciones. Un atentado que en el caso de las mujeres llega aún más lejos, hasta pretender negar la existencia y el valor de los vínculos femeninos, empezando por el primigenio y originario que nos une a la madre, borrando cualquier traza de genealogía femenina y censurando, descalificando o reduciendo a la insignificancia las relaciones entre mujeres.

En este momento en que tanto se habla de la necesidad de crear espacios de convivencia y de diálogo, creemos que cuanto hemos dicho, aquí ofrece la posibilidad de una nueva mirada y de modificar la lectura de muchos de los conflictos que ahora mismo tenemos que afrontar. Pensamos que el reto actual de la política se sitúa en el terreno de lo simbólico, en ser capaces de remover los esquemas y los patrones interiorizados que

impiden los cambios. Que el desafío está en dar sentido propio a la realidad en la que nos movemos y en saber contratar el significado de las cosas a través de una práctica de relación que nos abra espacios de creación, espacios para expresar las rutas diversas de la libertad.

Barcelona, enero 2001

[1]Agradecemos a Elena Grau el estímulo que nos ha dado para profundizar en nuestra experiencia con sus textos, comentarios y conversaciones. También queremos agradecer a Encarna Sanahuja, con quien compartimos muchas de las experiencias de las que vamos a dar cuenta aquí, el apoyo que nos ha ofrecido al leer el texto y con sus observaciones.

[2]Ca la Dona, «Transformen la ciutat, donant valor a la participació de les dones», en Ajuntament de Barcelona, Consell de les dones de Barcelona, La Ciutat que les dones volem. I Congrés de les dones de Barcelona. 15/16 de gener de 1999. Ponències. Para un resumen y comentario de la ponencia, véase; Bofill, Mireia, «Las mujeres siempre han participado», En pie de paz, n^a 50, junio 1999.

[3]Grau, Elena, «Apuntes sobre el feminismo hoy», en Grau, Elena, e Ibarra, Pedro (coord.), LMa mirada sobre id red. Anuario Molimientos Sociales. Getiko Fundazioa, Gakoa Liburuak e Icaria editorial, Donostia y Barcelona, 2000.

[4]«Las mujeres siempre han participado», op. ck.

[5]Véase, respectivamente, «Cap ales Jornades '20 anys de feminisme a Catalunya' (maig 1996)» y «El projecte de la Xarxa feminista», en VVAA, 20 anys de feminisme a Catalunya. Jornades: 24, 25 i 26 de maig de 1996. Associació per a la Celebració deis Vint Anys de les Primeres Jornades Catalanes de la Dona, Barcelona, 1998. También la ponencia presentada en las Jornadas Feministas Estatales de Córdoba (diciembre, 2000): «Xarxa Feminista: la relación como práctica política. Complicidades y correspondencias» (dentro del libro de dichas Jornadas cuya edición está preparando la Universidad de Córdoba).

[6]Véase la ponencia «Entredones: Deseo, relación, auroridad femenina y práctica política en la experiencia de un grupo de mujeres», presentada también en las jornadas Feministas Estatales de diciembre de 2000 en Córdoba.

[7]Como referente más distante en el tiempo, un espacio importante para nuestra práctica fue el grupo de debate político, centrado en la práctica de la relación, que se reunió en la librería Próleg de Barcelona entre los años 1995-1997, aproximadamente.

[8] Hannah Arendt, ¿Qué es la política? Paidós ICE/UAB, Barcelona, 1997, p. 46. 48

[9]El segundo sexo de Simone de Beauvoir era un referente fundamental del análisis sobre el malestar que sentíamos y que no se reducía a las discriminaciones legales, sino que afectaba a todas nuestras relaciones.

[10]En No creas tener derechos (Librería de Mujeres de Milán, ttad. castellana de Marta Cinta Montagut, Horas y Horas, Madrid, 1991) se explica muy bien el proceso: «(En la práctica de la autoconsciencia) cada mujer, al mirarse en su semejante como en un espejo, se descubre distinta de cómo se pensaba antes y descubre en la nueva imagen la mujer que, sin saberlo, siempre ha sido» (p. 38). Según hemos podido comprobar hablando con mujeres que no participaron directamente en grupos de autoconsciencia, también ellas compartieron este proceso, aunque quizás de manera menos deliberada, en otros espacios de intercambio y relación entre mujeres.

[11]El término fue acuñado en Italia por Carla Lonzi para designar un grupo voluntariamente pequeño, no inserto en organizaciones más amplias, formado exclusivamente por mujeres que se reúnen para hablar de sí mismas o de cualquier otra cosa, pero siempre a partir de su experiencia personal. La práctica se inventó en los Estados Unidos con el nombre de consciousness raising («elevación de la conciencia»), Cf. No creas tener derechos, op. de, p. 33.

[12]«... la ilusión de la autenticidad femenina inocente que se manifiesta y expresa a través del lenguaje subjetivo de la narración de sí o por la ligazón empática y homogeneizante con otras mujeres» {Anna Maria Piusi, «Partir de sí: necesidad y deseo», en Duoda, rr 19 (2000), p. 109}.

[13] «La práctica... llevaba implícita la fuerza y la limitación de no poder registrar divisiones entre las mujeres, puesto que 'yo soy tú, tú eres yo'. Cuando afloraba algún contraste, se veía como algo capaz de provocar modificaciones mutuas, de manera que luego era posible reconstituir la identidad recíproca, que salía reforzada.» (No creas tener derechos, op. cit, p. 38.)

[14]íbidem

[15]0j>. cil/p.109.

[16]Cf Gvup Dones i Treballs (Mujeres y Trabajos) (Ca la Dona, Barcelona), «Repensar desde el feminismo los trabajos y los tiempos en la vida cotidiana», ponencia presentada en las jornadas Feministas Estatales de Córdoba de diciembre de 2000. También: Bosch Anna, «Mujeres que alimentan la vida», En pie de paz, n° 51, diciembre 1999, y Carrasco, Cristina, «El ejercicio de la ciudadanía: la ciudadanía oculta de las mujeres», en Maria Lluïsa Pénelas y Beatriu Porqueras (eds.), La ciutat de leí domes, CCCB, Barcelona, 2000.

[17]En este sentido nos parece interesante la observación de Almudena Hernando (citada por Marian López F. Cao en la conferencia sobre «La construcción de la subjetividad femenina: apuntes desde el arte» que pronunció en Ca la Dona en noviembre de 2000), según la cual en el proceso de individuación masculina, la pérdida emocional que éste supondría pudo quedar compensada y encubierta porque las mujeres siguieron manteniendo la identidad relacional. Para las mujeres, en cambio, la construcción de una identidad individualizada no puede dejar de tener en cuenta este aspecto.

[18]-Op. dt., p. 113

[19]Es importante subrayar que estamos hablando de disparidad, del hecho de que la otra persona tiene algo que yo no tengo, un más, de saber, de experiencia, unas capacidades, cualidades o dotes distintas, unas maneras de hacer diferentes, Aunque hay disparidades que nacen de una desigualdad —social, económica o política—, ambas no son sinónimas y una disparidad no tiene por qué construirse ineludiblemente como desigualdad. La distinción está en la relación que se establece: de reconocimiento de autoridad, en función de ese más que la otra o el otro tiene y que nos puede apoyar en nuestro deseo (recordemos que autoridad viene de augere, hacer crecer), en un caso; de poder y subordinación, donde la necesidad parece que está sólo de un lado, pues la dependencia de quien ocupa la posición de poder queda encubierta, en el otro.

[20]Chiara Zamboni, pvefazione a Diotima. La sapienza di parürt dase. Citada en Anna Maria Piusi, op. cit.

[21]Cf, 20 anys de feminisme a Catalunya, op. cit., contraportada.

[22] No podemos dejar de recordar aquí el importante debate que abrió Gretel Ammann en la Xarxa Feminista al plantear su malestar porque cuando expresaba una discrepancia sentía que ésta era acogida como una perturbación y suscitaba rechazo. Greteí, como saben quienes la conocieron, siempre fue muy firme en la defensa de sus opiniones y no temía ser la voz discordante. Sin embargo —y esto ya no es tan sabido— también era consciente del coste que pagaba por ello y compartía el anhelo de sintonía con las demás: «Juntar mi sonrisa a la tuya, a la vuestra, es una locura ideal. Cuando esto> sería es que tengo que esconder mi sonrisa* {cf. Ammann, Gretel,

Escritos, Associació per a la Celebració deis Vint Anys de les Primeres Jornades Catalanes de la Dona, Barcelona, 2000, Contraportada.)

[23] Ya sea por el reconocimiento de «algo»: una condición, situación, discriminación, lucha, meta compartida que nos auna; ya sea por una alianza en torno a unos objetivos mínimos.

[24] En efecto, sólo siendo fiel al vínculo —si no niego el valor que la otra persona tiene para mí—, podré mantenerme también fiel a mí misma, podré alejarme para convertirme en otra, pero sin perderme, según la expresión ya citada de Anna Maria Piusi (cf. nota 14).

[25] Es conocido el debate sobre la doble militancia que sostuvo en los años setenta y ochenta el movimiento feminista en Catalunya y que ¡levó en ocasiones a rupturas y distanciamientos, Es decir que hemos vivido experiencias dolorosas; en algunos casos, de forma que no ha sido posible el reencuentro, pero en otros casos —a pesar de las discusiones, muchas veces por cuestiones ajenas al movimiento, o después de largos silencios—, hemos preservado la relación entre mujeres, con algunas desde hace casi treinta años. Con esto queremos significarlo que ya hemos señalado reiteradamente en este artículo: partimos de nuestra propia experiencia, de lo vivido en propia carne, venimos de y estamos en un proceso, no es fácil, pero es apasionante.

[26] Clarice Lispector, *Un soplo de vida*, Siruela, Madrid, X 999. El añadido entre paréntesis es nuestro.

[27] Citada en Anna Maria Piusi, *op. cit.*, p. 119

[28] Y óyeme, si te place, y medita muy bien mis palabras (...)

mas a ù también quiero darte un prudente consejo si me quieres oír. {Odisea, canto I}

Así habla Atenea, diosa de la Sabiduría, cuando, bajo el aspecto de Mentor, aconseja y acompaña a Telémaco cuando parte en busca de su padre, que se ha extraviado al regresar de la guerra de Troya.

(Cf. «Victoria Sau, mentora del Congrés», *Vinformatiu dona*, CIRD, Ayuntamiento de Barcelona, enero 1999; la explicación sobre el término mentora es de Mercé Otero-Vidal.)

[29] Desde hace ya tres años con la composición actual del grupo, cuyos orígenes se remontan a ¡as jornadas «Vint anys de feminisme a Catalunya» (1996).

[30] Recordemos que reflexión y reflejar tienen la misma raíz.

[31] Cf. nota 6.